
LA FÁBRICA DE PARAGÜAS E IMPERDIBLES

En mis cortas estancias en Compostela siempre he aprovechado el tiempo libre de los cursos en pasear por la ciudad; tanto caminé que estuvieron a punto de apodarme "el turista".

Cierto día, cuando ya había bien gastado las piedras de lo que fue el viejo casco intramuros decidí extender mis vagabundeos por los barriucos del entorno monumental.

Hacia el río Sar descenden varios pasadizos enlosados que fueron antaño caminos de acceso a la villa y entre ellos me llamó la atención el Callejón de las Trompas, de sugerente nombre y probable ruta terminal de borrachuzos y de tunas estudiantiles.

Según comencé a bajar por él desapareció todo vestigio comercial entre aquellas pequeñas casas de dos plantas. Apenas encontré algunas tienducas en esa zona -una panadería, un zapatero remendón, etc.-, por eso me extrañó aquel comercio solitario tan alejado del centro bullicioso. Encima de la puerta y del escaparate tenía un rótulo largo, negro y brillante, con blancas letras de molde: "Fábrica de Paraguas e Imperdibles. Desde 1814". En tamaño más pequeño ponía el nombre del propietario: "D. José Giyán Moreira". Me llamó la atención la grafía, el tipo de letra, pero aún más que un artesano se dedicase a elaborar cosas tan dispares.

La verdad es que yo siempre tuve paraguas con personalidad. Recuerdo a Umbrela, el viejo apartanubes y ponesoles que tantas veces me dejó en ridículo por las calles del Madrid pregolpista de los setenta y muchos. Ya podían caer chuzos que a la media hora de pasear con él se iban las nubes y aparecía el sol.

Los tuve vagos que nunca aparecían si llovía a cántaros y yo tenía que salir. Sin embargo, los días soleados me los tropezaba en cualquier habitación.

Pero los más me han sido infieles. Se iban con cualquiera sólo porque los había dejado en el aula, en la barra de un bar o en el paragüero de vaya usted a saber. El último había sido de estos.

En una población lluviosa como Santiago no se debe estar sin tan útil instrumento. Aún recuerdo aquel antipático letrero de un canijo escaparate que nos recordaba que "En Compostela la lluvia es arte" justo cuando se terminaban los protectores soportales de la Rúa do Vilar y pasábamos bajo el diluvio camino de la facultad.

Mi idea era comprar uno en esa misma calle, en Iglesias. Al fin y al cabo el dueño había sido compañero de estudios de mi padre y allí había peregrinado yo, novato estudiante, con mi carta de presentación nada más llegar en el setenta y dos. Sin embargo, al verme delante del establecimiento del señor Giyán no pude evitar entrar.

Empujé aquella puerta que tenía un vidrio esmerilado y biselado con las iniciales JGM grabadas en el centro. La decoración era toda en madera barnizada, limpia y brillante, de un oscuro tono cerezo. Nada más entrar me llegó un aroma agradable y denso. Tardé en identificarlo hasta que me percaté que era olor a nuevo. Allí todo desprendía esa fragancia a nuevo, a recién estrenado. No obstante, lo que veían mis ojos no habría desentonado en un museo sobre el comercio: la enorme caja registradora con su manubrio, el mostrador lacado, los cantos de las estanterías trabajadas por un buen ebanista que imitaban las hojas de una parra que trepaba por ellos. Incluso el hombrecillo sonriente que salió de la trastienda vestido con un guardapolvos azul parecía de otra época...

-Buenos días, caballero. ¿En qué puedo ayudarle? -Me dijo con voz amable-. ¿Desea un paraguas o quizás un imperdible?

-Buenos días. Verá..., es que perdí mi último paraguas y... -No terminé la frase pues no estaba seguro si me tomaba el pelo: ¿un imperdible? ¿Para que iba a querer yo un imperdible?

-Ajá. Entiendo. Todavía no lo tiene decidido. -Me contestó él mientras indicaba con un gesto que le siguiera. -Venga por aquí, por favor.

Pasamos juntos al otro lado de un biombo alargado. Allí estaban los de caballero.

-Le voy a explicar -continuó él-. Esta estantería de la derecha son los paraguas y esa de la izquierda los imperdibles.

Volví a pensar que se burlaba de mí pues tanto la una como la otra estaban llenas de paraguas hasta el techo.

-¡Ya! ¿Y cual es la diferencia? -Pregunté yo tratando de seguir la broma.

-Pues es en realidad muy sencilla. -Comenzó a hablar pausado-. Los paraguas tienen las varillas de acero reforzado. El tejido es catalán, impermeable y de una calidad exquisita. Observe. -Tomó uno que tenía tallada en la empuñadura de madera una cara bigotuda y lo abrió-. ¿Lo ve? La tela queda tensa y dura: no hay gota de agua que pueda traspasarla. Fíjese en el acabado de la empuñadura, en la perfección de las costuras, en el cierre. Es casi inmejorable. Quien se cobije debajo no se mojará. ¡Se lo garantizo!

-¿Y los otros? -Pregunté yo sin atreverme a llamarlos imperdibles.

-Pues verá señor. Son diferentes. No es que no valgan, que están hechos a conciencia, con amor. -Me contestó mientras tomaba uno exacto al anterior de la estantería opuesta. -La tela es inferior, tiene otra textura. -Dijo él al frotarla con los dedos. Yo no apreciaba la diferencia. -Las varillas son de hierro acerado, las costuras no van reforzadas..., en fin, es un imperdible.

Yo era incapaz de ver las posibles desigualdades y estaba cada vez más confuso...

-¿Entonces éstos son más baratos? -Pregunté por salir del paso.

-Por supuesto que no, caballero -me contestó tajante-. A igual modelo, igual precio. Tiene que comprender que en los paraguas empleo unas materias primas de gran calidad. Su acabado es excelente y pueden heredarlos los hijos de mis clientes pues están pensados para durar. En los imperdibles no es tan importante

de que están hechos sino el como, que es diferente. Exigen más tiempo y dedicación. Otro arte, al fin y al cabo. Y ambas cosas tengo que valorarlas a la hora de cobrar.

-Comprendo -respondí yo sin entender nada-. ¿Y el precio, entonces?

-El modelo Hydra, que es éste, lo vendemos muy bien por diez duros. Caben perfectamente usted y una señorita de su brazo -me contestó-. Claro que si prefiere el modelo Noé sale un poco más caro. Trece duros. Cobijados bajo su circunferencia pueden estar holgadamente tres caballeros y un perro, por poner un ejemplo.

La baratura me dejó asombrado.

-Entiendo que a usted puede parecerle un precio excesivo -dijo el hombre al ver mi cara-, pero debe tener en cuenta que son de auténtica artesanía, no como esos artilugios norteamericanos que se estropean cada dos por tres...

-No. No es el precio lo que me hace dudar -respondí rápido-. Es que no sé si comprar un paraguas o un imperdible.

-Es lógico -continuó él-. Es una decisión importante que no debe tomar a la ligera, pero..., ¿me permite que le pregunte si suele perderlos con frecuencia? -Y siguió antes que yo contestase-. Lo digo porque ésta es una ciudad en la que llueve mucho y no demasiado fuerte, por eso muchas veces es mejor tener un imperdible a mano que no un excelente paraguas en sabe Dios donde... Además, yo le garantizo que lo conservará muchos años si lleva uno de los últimos.

En medio de mi mente confusa se encendió la lucecita de las acciones ilógicas y, como tantas veces, le hice caso.

-Llevaré el Hydra imperdible. -Le contesté.

-Muy bien caballero, creo que ha tomado la resolución correcta. -Me respondió mientras plegaba el paraguas y me lo entregaba.

Salí de allí con mi flamante imperdible camino de mi casa.

Durante ocho años el modelo Hydra del Sr. Giyán me sirvió fielmente. Si acaso me quedaba en algún sitio siempre me acordaba de él antes de atravesar la puerta. Sólo una vez, al salir del teatro sin él, escuché el grito de la chica del ropero. Entramos el acomodador y yo detrás del mostrador y nos dijo que había sentido dos golpes en el trasero cuando apagaba la luz, pero en aquel cuarto no había nadie. A un palmo de la puerta estaba mi paraguas tirado en el suelo, lo tomé, le di la ficha y me fui. Sin embargo, ya en la calle me pareció que aquella cara de palo del mango me guiñaba un ojo...

Hydra murió viejo y bregado en cien combates durante un temporal de invierno del noventa y dos.

Al año siguiente, jacobeo, aproveché mi visita a Compostela para volver por el Callejón de las Trompas. Mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que ya no había casa alguna donde antes estaba la fábrica de paraguas. Le pregunté a una viejita si hacía mucho que la habían derribado y me respondió que había ardido por completo cuando ella era niña y que en el incendio había muerto el Sr. José, el paraguero del bajo...

© 2003 Jose Puentes.